

Un análisis de la biología de la conservación desde el biopoder hasta el eco-nacionalismo en Aotearoa Nueva Zelanda

**Análise sobre a biologia da conservação do biopoder
ao eco nacionalismo em Aotearoa Nova Zelândia**

**An analysis of conservation biology from biopower
to eco-nationalism in Aotearoa New Zealand**

Enviado: 15/08/2021

Aceptado: 14/12/2021

Agustina Domínguez

Licenciada en Biología orientación Zoología, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata (Argentina).

E-mail: agustinadomz@gmail.com

El presente trabajo consiste en el análisis de la biología de la conservación a partir de la idea de que existen vidas sacrificables y vidas reconocidas como valiosas. El abordaje desde el marco teórico del biopoder de Michel Foucault permite observar que dicha ciencia no protege la vida, sino que actúa bajo lógicas que la jerarquizan, otorgando cuidados a ciertas poblaciones o especies mientras se promueve la muerte de otras a través del dispositivo del racismo. Examinar los discursos y las prácticas conservacionistas bajo este lente deja entrever cómo se construyen políticas de exterminio ligadas a estructuras, subjetividades y valores específicos como lo nativo y lo invasor. El análisis de Aoteroa Nueva Zelanda resulta un caso interesante al intersectar conservación, colonialismo y eco-nacionalismo. Finalmente se sugiere la posibilidad de replantear las relaciones entre los seres existentes al considerarlas producto de complejas interacciones a través del tiempo.

Palabras clave: Conservación, Biopoder, Nativo, Invasor

O presente trabalho consiste em uma análise sobre a Biologia da Conservação baseada na ideia de que existem vidas sacrificadas e vidas reconhecidas como valiosas. A abordagem estrutural de biopoder de Michel Foucault nos permite observar que a ciência não protege a vida, porém atua sob lógicas que a hierarquizam, outorgando cuidados a determinadas populações ou espécies enquanto promove a morte de outras através do emprego do racismo. Examinar os discursos e práticas conservacionistas sob essa lente deixa entrever como se constroem políticas de extermínio ligadas à estruturas, subjetividades e valores específicos como o do nativo e do invasor. A análise de Aoteroa Nova Zelândia resulta em um caso interessante ao interseccionar conservação, colonialismo e eco nacionalismo. Finalmente, sugere-se a possibilidade de repensar as relações entre os seres existentes ao considerá-las produtos de complexas interações através do tempo.

Palavras-chave: Conservação, Biopoder, Nativo, Invasor

This paper consists of an analysis of conservation biology based on the idea that there are lives that are sacrificed and lives that are recognized as valuable. The approach from the theoretical framework of Michel Foucault's biopower allows us to observe that this science does not protect life, but acts under logics that hierarchize it, granting care to certain populations or species while promoting the death of others through the device of racism. Examining conservationist discourses and practices through this lens reveals how policies of extermination are constructed and linked to specific structures, subjectivities and values such as the native and the invader. The analysis of Aoteroa New Zealand is an interesting case as it intersects conservation, colonialism and eco-nationalism. Finally, the possibility of rethinking the relationships between existing beings by considering them as the product of complex interactions through time is suggested.

Keywords: Conservation, Biopower, Native, Invasive

1. Introducción a la problemática

Judith Butler (2010, p. 34, 43) plantea que, para los seres humanos, lo que caracteriza biológicamente la vida es su *precariedad*, y que existe una repartición geopolítica diferencial del valor de la vida de distintas poblaciones. Para dicha autora, una *vida vivible* es aquella digna de ser llorada si se pierde, es decir, digna de duelo, lo que implica la inclusión de la misma en marcos de reconocimiento hegemónicos mediante mecanismos de poder que hagan a la comprensión de por qué esa vida es importante. Estar vivo, entonces, no depende solamente del impulso vital, sino de condiciones sociales y políticas en disputa que contribuyen a sostener la vida o a generar condiciones para suprimirla.

Como ejemplo de lo expuesto se puede mencionar, en el mundo antiguo del Mediterráneo, al varón blanco como sujeto privilegiado, o a los diversos pueblos originarios que fueron esclavizados y diezmados por el colonialismo. En la actualidad, distintas poblaciones consideradas como “minorías” (mujeres, indígenas, LGBTTTQQPIANU+, racializadas y muchas más) todavía luchan por su inclusión en marcos de reconocimiento que permitan su igualdad moral y legal, es decir, que sus vidas no sean consideradas como sacrificables. Eslóganes como *Black Lives Matter* y *Ni Una Menos* en manifestaciones multitudinarias dan cuenta de esto.

En trabajos recientes (Carrera *et al.*, 2021; González, 2019) el análisis de las vidas precarias de Butler se ha utilizado para considerar a la especie como otra categoría que permite ubicar ciertas vidas como sacrificables. Carrera *et al.* (2021), por ejemplo, analizan las intersecciones entre feminismo y antiespecismo al preguntarse si existe un paralelismo entre la dominación heteropatriarcal sobre las mujeres y la dominación de los animales humanos sobre los no humanos:

¿qué sucede respecto de la categoría de especie? ¿se trata también aquí de una distinción que implica un orden económico, político e ideológico, utilizada con el fin de legitimar un sistema de dominación, poniendo a la naturaleza como su causa? (Carrera et al., 2021).

En un sentido similar, González considera que:

el «discurso de la especie» quizás pueda ser concebido como un «marco de reconocimiento» que re/produce la inferiorización sistemática de los vivientes no-humanos. En dicha reiteración (performativa) se produce de manera permanente la división entre las vidas a preservar –aquellas que responden a «las normas de lo humano»– y aquellas vidas que pueden ser sacrificadas, siendo, muchas veces, un recurso disponible o mercancía a intercambiar (2019, p. 154).

Este tipo de cuestionamientos e ideas resultan un punto de partida interesante para indagar las relaciones de dominación que los humanos ejercen sobre lo no humano en el campo de la biología de la conservación. La especie a la que los individuos pertenecen suele ser una característica fundamental para la valorización de sus vidas, aunque, como se verá

más adelante, este criterio no se aplica universalmente, sino que es contexto-dependiente.

Para profundizar mi análisis, usaré el concepto de Michel Foucault de *biopoder* (2000, pp. 217-237), que permite ahondar en cómo el poder, de forma no-coercitiva, conduce y controla las sociedades contemporáneas, tanto en las relaciones humanas como humanas/no-humanas. Si bien es cierto que Foucault no analizó estas últimas, me parece fructífero abordar el análisis de políticas y paradigmas de la biología de la conservación desde este marco teórico, tal como vienen haciendo diversos autores (Biermann y Anderson, 2017; Biermann y Mansfield, 2014; Dutkiewicz, 2015; López Barrios, 2019; Youatt, 2008), quienes sostienen que esta ciencia constituye de hecho un verdadero ejercicio biopolítico que decide qué vida es la que hay que hacer vivir y cuál se deja morir, regularizando así la existencia de poblaciones en su conjunto (Biermann y Mansfield, 2014; López Barrios, 2019). Tras esto procederé a presentar las categorías de especie nativa e introducida/invasora y casos puntuales que dejan en evidencia cómo la conservación resulta no ser una empresa neutra, objetiva y apolítica, sino que opera dentro de un haz de relaciones de poder. Por último, las particularidades de la conservación de la biodiversidad como política de estado en un pequeño país del océano Pacífico permitirá mostrar cómo llegan a converger la lógica preservacionista occidental, el colonialismo y el capitalismo en moldear la percepción de identidad nacional de una comunidad.

2. Biopoder: el poder de hacer vivir y dejar morir (más allá de lo humano)

Para Foucault, un fenómeno fundamental del siglo XIX es “la consideración de la vida por parte del poder; por decirlo de algún modo, un ejercicio del poder sobre el hombre en cuanto ser viviente, una especie de estatización de lo biológico” (2000, p. 217). En contraposición al antiguo derecho soberano de dejar vivir y hacer morir, Foucault plantea el término *biopoder* para analizar cómo en los estados modernos el poder se encarga de “hacer vivir y dejar morir” a través de la regularización de la vida de las poblaciones (2000, p. 223). Esto sucede, en primera instancia, gestionando y fomentando la vida a partir de dos tecnologías de poder.

Por un lado, la primera, denominada *anatomopolítica*, se centra en el cuerpo individual a través de procedimientos que buscan moldear individuos dóciles. A partir del siglo XVII y principios del siglo XVIII la vigilancia y el adiestramiento se gestionan en instituciones tales como la escuela, la fábrica, la milicia, etc. Esta disciplina sobre los cuerpos no actúa a través de la imposición, sino que surge a partir de redes complejas de instituciones, discursos y prácticas, de las cuales el individuo es una parte clave (Foucault, 2000, pp. 220, 226).

Por otro lado, a partir de fines del siglo XVIII, emerge una nueva tecnología de poder: *la biopolítica*. Se constituye a partir de la creación de un nuevo cuerpo, no ya individual, sino colectivo, la *población*. A diferencia de la anatomopolítica, no es disciplinaria sino reguladora, y resulta complementaria a ésta, no opuesta. En palabras de Foucault:

tras un primer ejercicio del poder sobre el cuerpo que se produce en el modo de la individualización, tenemos un segundo ejercicio que no es individualizador sino masificador, por decirlo así, que no se dirige al hombre/cuerpo sino al hombre-especie (2000, p. 220).

Y más adelante agrega: “esos dos conjuntos de mecanismos, uno disciplinario y el otro regularizador, no son del mismo nivel. Lo cual les permite, precisamente, no excluirse y poder articularse uno sobre el otro” (2000, p. 226).

La biopolítica constituye así

una tecnología que no se centra en el cuerpo sino en la vida; una tecnología que reagrupa los efectos de masas propios de una población, que procura controlar la serie de acontecimientos riesgosos que pueden producirse en una masa viviente; una tecnología que procura controlar (y eventualmente modificar) su probabilidad o, en todo caso, compensar sus efectos (Foucault, 2000, p. 225).

Los fenómenos demográficos que entonces la biopolítica toma en cuenta y se encarga de regular son aquellos que cobran significancia en términos económicos y políticos:

Será preciso modificar y bajar la morbilidad; habrá que alargar la vida; habrá que estimular la natalidad. Y se trata, sobre todo, de establecer mecanismos reguladores que, en esa población global con su campo aleatorio, puedan fijar un equilibrio, mantener un promedio, establecer una especie de homeostasis, asegurar compensaciones; en síntesis, de instalar mecanismos de seguridad alrededor de ese carácter aleatorio que es inherente a una población de seres vivos; optimizar, si ustedes quieren, un estado de vida [...] (Foucault, 2000, p. 223).

La biopolítica es, entonces, el manejo no disciplinar de poblaciones enteras, razas o naciones, siendo el Estado el que conduce estos procesos con el fin de establecer lo normativo y someter los fenómenos biológicos al ámbito del derecho.

En segunda instancia, y a pesar de que el biopoder busca promover y gestionar la vida, no todas las vidas son promovidas y defendidas de igual forma. Foucault plantea que es el uso del dispositivo del racismo lo que permite ejercer el derecho a dar muerte (no necesariamente a través del asesinato directo sino también a partir de incrementar, por ejemplo, los riesgos de muerte):

¿qué es el racismo? En primer lugar, el medio de introducir por fin un corte en el ámbito de la vida que el poder tomó a su cargo: el corte entre lo que debe vivir y lo que debe morir. En el continuum biológico de la especie humana, la aparición de las razas, su distinción, su jerarquía, la calificación de algunas como buenas y otras, al contrario, como inferiores, todo esto va a ser una manera de fragmentar el campo de lo biológico que el poder tomó a su cargo; una manera de desfasar, dentro de la población, a unos grupos con respecto a otros [...]. Ésa es la primera función del racismo, fragmentar, hacer cesuras dentro de ese continuum biológico

que aborda el biopoder (Foucault, 2000, p. 230).

Así, se realiza una división entre lo que merece vivir y lo que es necesario abandonar hacia la muerte o eliminar activamente ya que constituye un peligro biológico. Asimismo, el racismo establece una relación en la cual, mientras más mueran algunos (los inferiores, los indeseables, los que se aparten de la norma) más podrán vivir otros (los normales, los sanos, los que merecen reconocimiento):

“cuanto más tiendan a desaparecer las especies inferiores, mayor cantidad de individuos anormales serán eliminados, menos degenerados habrá con respecto a la especie y yo —no como individuo sino como especie— más viviré, más fuerte y vigoroso seré y más podré proliferar”. La muerte del otro, la muerte de la mala raza, de la raza inferior (o del degenerado o el anormal), es lo que va a hacer que la vida en general sea más sana; más sana y más pura (Foucault, 2000, p. 231).

Vale la pena mencionar también, tal y como afirma Foucault, que el racismo encontró una base de justificación en determinadas interpretaciones sociales de la Teoría de la Evolución de Charles Darwin, transcribiendo términos biológicos en términos políticos, que permitieron justificar procesos como la colonización y el genocidio bajo un halo pretendidamente científico:

El racismo va a desarrollarse, en primer lugar, con la colonización, es decir, con el genocidio colonizador. Cuando haya que matar gente, matar poblaciones, matar civilizaciones, ¿cómo será posible hacerlo en caso de funcionar en la modalidad del biopoder? A través de los temas del evolucionismo, gracias a un racismo (Foucault 2000, p. 232).

En un régimen biopolítico, la muerte no es eliminada, sino que es gestionada a nivel poblacional como un índice de mortalidad sujeto a ser intervenido. En la actualidad, las vidas humanas que son reconocidas dentro de los marcos hegemónicos como vidas dignas de duelo son principalmente aquellas vidas de las poblaciones occidentales/occidentalizadas, blancas, heteronormadas, cisnormadas. Las vidas precarizadas, cuya representatividad en los índices de mortalidad es mayor, resultan ser las de las poblaciones categorizadas como minorías; vidas que se enfrentan a desigualdades socioeconómicas producto de políticas colonialistas y patriarcales.

Es relevante mencionar, como analiza Foucault en *Historia de la Sexualidad* (1998, p. 84), que el biopoder fue indispensable para el desarrollo del capitalismo. La acumulación de capital produjo a su vez efectos de segregación y jerarquización en las poblaciones, con las consecuentes relaciones de dominación y efectos de hegemonía.

En ese sentido, la relación entre capitalismo y segregación étnica/cultural/sexual/ de género profundizó los patrones de dominación, especialmente en sociedades donde la colonialidad del poder (Quijano, 2000) propone un ordenamiento social que no sólo

está asociado a la clase sino a la etnicidad y, en debates posteriores, al género. Por lo tanto, lo que antes considerábamos “minoría”, gracias al nuevo lenguaje de la legalidad y la legitimidad, pasa a convertirse en “víctima” manteniendo – e incluso incrementando – aquellas características que la separan de lo estándar.

3. Ensayando una Biopolítica de la Conservación

Autores como Biermann y Anderson (2017), Biermann y Mansfield (2014), Dutkiewicz (2015), López Barrios (2019) y Youatt (2008) retoman la discusión sobre el biopoder iniciada por Foucault para analizar cómo se manifiesta en las relaciones entre sociedades humanas, animales no humanos y la naturaleza en su conjunto. Estos trabajos advierten que de hecho “el biopoder incluye lo no humano de forma diversa y dinámica, constituyendo un conjunto de relaciones a través de las cuales la naturaleza y la sociedad se coproducen la una a la otra” (Biermann y Mansfield, 2014, p. 259).

Respecto a la conservación como ciencia, sugieren que “está moldeada por una lógica biopolítica que enfatiza distinciones entre tipos biológicos y desarrolla intervenciones basadas en estas distinciones – una lógica que también informa distinciones raciales y biológicas entre humanos” (Biermann y Mansfield, 2014, p. 258).

Biermann y Anderson (2017, p. 3) acuñan el concepto de *la(s) biopolítica(s) de la conservación*, el cual abarca las lógicas, prácticas espaciales y políticas económicas a través de las cuales se trazan las distinciones que llevan al “hacer vivir” de ciertas especies y al “dejar morir” de otras. Cuestionar la biología de la conservación y el manejo de la naturaleza desde la dimensión del biopoder nos permite plantear interrogantes sobre la lógica preservacionista (la naturaleza entendida como algo con valor intrínseco, externa y antecedente a la sociedad, que debe ser protegida por los humanos de los humanos - y de determinadas especies según el contexto -) y la lógica capitalista (la naturaleza como un conjunto de mercancías con valores de cambio determinados por el libre mercado), las cuales no son sólo fuerzas opuestas, sino que están conectadas a través de redes en las que circula el poder (Biermann y Mansfield, 2014, p. 260).

En este punto resulta importante contextualizar la aparición de la biología de la conservación a mediados de la década de 1980 en respuesta a la denominada crisis ambiental, generada por el aumento en las emisiones de carbono, la sobreexplotación de recursos naturales, la introducción de especies exóticas en nuevos ambientes, entre otras cuestiones. Estas transformaciones, ocurridas a gran escala en los diferentes ecosistemas en los últimos siglos, tuvieron su raíz principal, pero no únicamente, en el avance del capitalismo y el colonialismo.

En *What Is Conservation Biology? A new synthetic discipline addresses the dynamics and problems of perturbed species, communities, and ecosystems* (Soulé, 1985), publicación considerada como uno de los documentos fundacionales de la disciplina, se establecen los postulados normativos para la biología de la conservación, declaraciones de valor que

conforman la base de las actitudes éticas hacia otras formas de vida: la diversidad de organismos es buena, la complejidad ecológica es buena, la evolución es buena. No son los individuos ni su bienestar importantes, lo son en tanto contribuyan a poblaciones relevantes para esta disciplina:

la conservación está comprometida con la protección de la integridad y la continuidad de los procesos naturales [...]. A nivel poblacional, los procesos importantes son, en última instancia, genéticos y evolutivos, porque mantienen el potencial para la continuidad de la existencia (Soulé, 1985, p. 731).

La biología de la conservación no resulta, sin embargo, una antítesis a la dominación de la naturaleza. Por el contrario, a través del conocimiento de la misma pretende gobernarla para explotar sus recursos de manera sustentable en el presente, asegurando así una administración que permita continuar haciéndolo en el futuro. En concordancia con esto es que Biermann y Anderson sugieren que el “impulso de la conservación para proteger la naturaleza es el resultado histórico del cambio en las relaciones naturaleza-sociedad, pasando del dominio soberano sobre ésta al manejo y cuidado biopolítico de la misma” (2017, p. 3).

La biología de la conservación es entonces un mecanismo de poder-saber, que actúa ordenando, jerarquizando, asegurando y regulando la vida de distintas especies (Biermann y Anderson, 2017; Biermann y Mansfield, 2014). Los conceptos de biopoder y de biopolítica permiten ahondar en los modos de justificación, a través de discursos y técnicas producidos por el conocimiento científico.

Dentro de los conceptos teóricos que articulan este campo, tenemos el de *especie*. Clasificar los seres existentes en especies es una tarea que parece no tener fin y la misma definición de especie no es única, ya que ha variado con el tiempo según la biología ha ido dividiéndose en disciplinas: como entidad dentro de este campo, el estatuto ontológico de la especie no es claro (Folguera y Marcos, 2013, p. 20).

Al no poder categorizar la diversidad biológica universalmente bajo una definición única, se suelen emplear características morfológicas, genéticas o la capacidad de los individuos de reproducirse y generar descendencia fértil, para delimitar la constitución de una especie. Bajo la Teoría Sintética de la Evolución (el paradigma dominante en la biología en la actualidad) el concepto biológico de especie entiende a la misma como el conjunto de poblaciones aisladas reproductivamente, es decir, con un genoma distintivo y la capacidad de producir descendencia fértil. Este concepto es ampliamente usado en muchas ramas de la biología y produce el entendimiento de las especies como unidades discretas y funcionales. Sin embargo, la evidencia actual indica que ciertos fenómenos considerados antiguamente como excepcionales, son frecuentes y constituyen mecanismos comunes en la historia evolutiva. La hibridación (la cruce entre individuos genéticamente distintos que produce descendencia fértil), la introgresión (la transferencia de genes de una

especie a otra mediante hibridación) o la transmisión horizontal de genes (la transmisión de genes sin que medie reproducción sexual) se encuentran presentes tanto en animales como en plantas y ponen así en jaque la supuesta “pureza” y “realidad” de las especies como tales (Mallet, 2005).

Esto último es particularmente relevante para la conservación ya que en gran medida se busca proteger ciertas especies o mantener su pureza en base a su genoma. Según López Barrios:

El concepto de especie reposiciona al cuidado y la protección lejos de los seres individuales, hacia el desarrollo evolutivo de cierta población, aglomerada bajo un conjunto de características fenotípicas y genotípicas más o menos estables. Sin embargo, las especies no son categorías estáticas y atemporales. Es común que ocurran reordenamientos taxonómicos, que surjan nuevas especies, que una especie se divida en diferentes subespecies o que distintas especies queden conglomeradas en una misma (López Barrios, 2019, p. 91).

La categoría de especie articula a las poblaciones de forma jerárquica, organizando los esfuerzos de conservación y asignando valor diferencial a la vida, que será contexto-dependiente: “podríamos preguntarnos si todas las poblaciones de una especie dada tienen el mismo valor. Yo creo que no. El valor de una población depende de su singularidad genética, su posición ecológica y el número de poblaciones existentes” (Soulé, 1985, p. 731).

¿Cómo se determina qué especies hay que conservar (hacer vivir) y cuáles no necesitan ser protegidas o incluso deben ser eliminadas (dejar morir)? Las tecnologías biopolíticas producen una jerarquización de las especies mediante clasificaciones taxonómicas, censos de biodiversidad, modelos demográficos, evaluaciones de riesgo, etc., (Biermann y Anderson, 2017, p. 14). Ciertas especies serán entonces clasificadas como vulnerables o en peligro, según ciertos valores (abundancia, origen - nativa vs. exótica -, rol ecológico - fundamental vs. funcionalmente redundante -, importancia económica, tamaño del hábitat, etc.) y prevenir su extinción tendrá que ver con intervenirlas de distintas formas (captura y marcado de individuos, programas de cría ex situ, creación de áreas protegidas, provisión de recursos, etc.). En este sentido, otras especies que sean percibidas como amenazas directas (predación) o indirectas (competencia por los recursos), deberán ser eliminadas. El concepto de racismo en sentido foucaultiano es evidente ya que para promover la vida de ciertas poblaciones otras “tienen” que morir. La construcción de raza aquí se basa en una definición más amplia de anormalidad biológica: es aquello que es aberrante en el continuum de la especie y es la amenaza a la norma (lo que amenaza a las poblaciones/ecosistemas como los conocemos) (Biermann y Mansfield, 2014, p. 261).

Otro concepto fundamental para organizar la jerarquización de la vida es el de *biodiversidad*, que es entendido en tres niveles: ecosistemas, especies y genes. La diversidad de la vida debe ser protegida no sólo porque tiene valor intrínseco más allá de la utilidad para la

sociedad, sino también porque puede llegar a ser valiosa para los seres humanos en términos de lo que se puede extraer de ella. En este sentido: “Partes previamente no capitalizadas de la naturaleza –incluidos los genes de especies vivientes– se vuelven inminentes fuentes de valor comercial, esperando sólo a que el poder de la ciencia y la tecnología liberen su potencial para hacer ganancias” (Bamford, 2002, p. 40). Por lo tanto, no es suficiente con conocer la naturaleza, sino que ese conocimiento debe ser usado para manejarla para su aprovechamiento de distintas formas (Biermann y Mansfield, 2014, p. 263).

Sin embargo, como plantea Foucault “esto no significa que la vida haya sido exhaustivamente integrada a técnicas que la dominen o administren; escapa de ellas sin cesar” (1998, p. 85). Al respecto, Biermann y Mansfield opinan que “ la vida - tanto humana como no humana - constantemente escapa de control, y promover y proteger la vida significa reconocer el dinamismo e imprevisibilidad inherente a los procesos biológicos” (Biermann y Mansfield, 2014, p. 263). Lo no humano efectúa su fuga del biopoder simplemente al vivir su vida como lo que es.

La necesidad de intervención y manejo de la naturaleza se basa en la amenaza de la crisis ambiental y de la biodiversidad. Al ser la biología de la conservación una disciplina de crisis, a veces debe actuar sin conocer todos los hechos (Soulé, 1985, p. 727) y de esta manera:

es prescriptiva y explícitamente orientada hacia el futuro: busca generar como posibles ciertos futuros ecológicos e impedir futuros menos diversos. La biopolítica también se enfoca en las posibilidades del futuro –tanto bueno como malo – para prevenir los escenarios negativos [...], es clave que en ninguno de los casos el reconocimiento de que el futuro es abierto, impredecible y potencialmente peligroso desanima la intervención; por el contrario, es esta apertura la que en realidad necesita de la predicción, la medición y el control (Biermann y Mansfield, 2014, p. 264).

Podemos ver cómo mediante distintas técnicas, la vida pasa a ser calculable y por lo tanto gobernable, tal como ocurre con las sociedades humanas, permitiendo entonces el surgimiento de marcos regulatorios y sistemas legales para su administración. El enfoque desde la biopolítica nos permite ver cómo los paradigmas y acciones que se asumen como neutrales, naturales y obvios son creados a partir de un sistema imperfecto y socialmente derivado de ordenar a vida:

la conservación es reforzada como una búsqueda técnica en la cual las decisiones sobre la vida y muerte no-humana son hechas por expertos altamente entrenados. El recuento, modelado, listado y jerarquización de las especies se basan y consolidan en el poder del conocimiento [...] presentando estos procesos como ‘rigurosos y científicos’ pero a menudo eludiendo que también son ‘pragmáticos, cargados de valores y de las implicaciones profundas que conllevan’ (Biermann y Anderson, 2017, p. 4).

Me interesa continuar el análisis de la biopolítica de la conservación a partir de los conceptos especie nativa y especie exótica, categorías que sirven para jerarquizar la vida y que a su vez forman parte de valores con los que una población humana puede identificarse. Estas categorías, que emanan del discurso científico como naturales, articulan una parte importante de los esfuerzos de conservación y generan un sentido para diferenciar cuáles vidas son dignas de duelo y cuáles no.

4. La valorización de lo nativo y lo exótico

El concepto de especie nativa surge en 1835 cuando el botánico inglés John Henslow lo usa para diferenciar las plantas originarias del territorio británico de las introducidas artificialmente (Davis *et al.*, 2011, p. 153), pero dicho concepto no implicaba considerar a las introducidas como impurezas merecedoras de erradicación (Chew, 2011, p. 140). Vale la pena mencionar que:

los historiadores de la ciencia han demostrado cómo la naturaleza estuvo implicada en los proyectos ideológicos de la creación del conocimiento científico y el imperialismo. Los estudios sobre la botánica colonialista han mostrado que lo que contaba como 'especie' era no tanto el reconocimiento de una esencia preexistente sino más bien una compleja negociación que involucraba una cadena entera de procesos, desde el naturalista 'en el campo', pasando por tecnologías de captura, almacenamiento y transporte, hasta su codificación en centros de cálculo, como jardines botánicos (Ginn, 2008, p. 341).

Sobre la relación entre lo nativo y el colonialismo volveré más adelante.

La distinción entre nativo y exótico o invasivo (este último término hace referencia a que la especie en cuestión consigue asentarse con éxito, y conlleva una carga peyorativa mayor) es un binarismo que jerarquiza las especies en un territorio dado y constituye un ejemplo del pensamiento dicotómico característico de la cosmovisión occidental, la cual tiende a entender la realidad en términos opuestos: humano/ animal, hombre/ mujer, civilización/barbarie, cuerpo/mente, etc., asignando un valor positivo a uno y negativo a otro.

Asimismo, se concibe la idea de lo nativo como lo natural a un ambiente prístino antecedente a la llegada de los seres humanos, mientras que lo invasor es aquello que irrumpe en el ecosistema (por medio de los seres humanos), poniéndolo en peligro:

[por un lado] las especies 'nativas' representan una pureza biopolítica que es necesario preservar para conservar la integridad de un ecosistema, y, por otro lado, las especies 'invasoras' son un peligro biológico que pone en riesgo la viabilidad de un ecosistema en el futuro (López Barrios, 2019, p. 94).

Incluso a nivel de población, no todos los individuos reciben la misma valorización: muchas veces, para mantener la pureza de una población, es necesario eliminar los ejemplares que no cumplan con ciertos estándares (Biermann y Anderson, 2017, p. 6;

López Barrios, 2019, p. 109).

Es menester en este punto aclarar que no estoy poniendo en duda que existe un consenso amplio acerca de que las especies introducidas pueden generar cambios importantes con implicancias negativas para la biota e intereses humanos (Boltovskoy *et al.*, 2018, p. 11195), ni negando que muchas intervenciones en conservación se deriven de informes científicos y técnicos veraces. Más bien, lo que intento poner en evidencia es, por un lado, que existe un debate acerca de que *no necesariamente* las especies introducidas son dañinas, ya que como indican Davis *et al.*:

muchas de las afirmaciones que orientan la percepción de la gente sobre el peligro apocalíptico que sobre la biodiversidad suponen las especies introducidas no están respaldadas por datos, [...] los efectos de las especies no-nativas pueden variar en el tiempo, y especies que no estén causando daño en el presente pueden hacerlo en el futuro. Pero esto también es verdadero para especies nativas, especialmente en ambientes cambiantes (2011, p. 153).

Por otro lado, intento señalar que se trata de proyectos con una alta carga de valores, siendo muchas veces éstos los que orienten las decisiones. En defensa de la preservación de la biodiversidad y la restauración ecológica es común el uso de lenguaje bélico, metáforas militares (Dutkiewicz, 2015; Potts, 2009) y declaraciones exageradas sobre los daños inminentes para ayudar a transmitir el mensaje de que las especies introducidas son los enemigos del ser humano y la naturaleza (Davis *et al.*, 2011, p. 153). El pensamiento dualista contribuye a la jerarquización de la vida: nativo/bueno (digno de protección) vs. exótico/malo (debe ser exterminado). El dispositivo del racismo actúa en este sentido de forma análoga a como opera en las poblaciones humanas, al jerarquizar *ciudadano* vs. *extranjero* o *migrante*. Según Davis *et al.*:

Clasificar la biota de acuerdo a su pertenencia a estándares culturales de pertenencia, ciudadanía, juego limpio y moralidad, no nos hace avanzar en nuestro entendimiento de la ecología. En las últimas décadas, esta perspectiva ha llevado a muchos esfuerzos de conservación y restauración por caminos que tienen poco sentido económico o ecológico (2011, p. 153).

Para ejemplificar lo previamente expuesto, analizaré algunos casos que involucran tanto a plantas como a animales no humanos.¹

4.1.La introducción de una planta (no) es negativa para todos

El primer caso data de mediados de la década de 1970, cuando en la bahía de San Francisco, California (Estados Unidos), se introdujo adrede la especie *Spartina alterniflora*, una planta herbácea proveniente de la costa este, con el fin de ayudar en la restauración del ecosistema estabilizando la ribera. *S. alterniflora* rápidamente generó un híbrido con *Spartina foliosa*,

¹ Todas las especies tienen un nombre científico en latín y suelen tener más de un nombre común con el que se las conoce en general. He listado todas las especies con nombre científico. Algunas especies no tienen un nombre común en español por lo que me he limitado a dejar sólo el nombre en latín o agregar el de otro idioma.

la especie nativa, y se expandió por más de 300.00 hectáreas, generando modificaciones en el ecosistema con repercusiones negativas sobre la biota local. Sin embargo, resultó ser positiva para un ave acuática endémica en peligro de extinción (*Rallus obsoletus*) que encontró en esta planta una fuente de protección durante la marea alta y un sitio de nidificación apropiado. Los intentos posteriores de erradicar a *S. alterniflora* entre 2005 y 2011 demostraron ser perjudiciales para esta ave, cuya población disminuyó en un 50%. Las estrategias de erradicación de *S. alterniflora* y del híbrido *S. alterniflora* x *S. foliosa*, que fueron propuestas a partir de ese hecho, tienen en cuenta dejar un remanente de estas especies hasta tanto haya una recuperación suficiente de la especie nativa (Lampert *et al.*, 2014, p. 1028). Como se puede inferir, las relaciones en la naturaleza distan de ser sencillas: son más bien redes complejas donde la incorporación de un nuevo elemento llevará a que algunas poblaciones se beneficien mientras que otras se perjudiquen. Y aún a pesar del saber generado y las técnicas empleadas para gobernar la vida, esta escapa del control: la aparición de un híbrido, es decir, la generación de una nueva especie, fue un resultado no previsto.

4.2. Lo exótico no necesariamente es perjudicial

En el trabajo realizado por Suárez-Jiménez *et al.* (2017) se buscó comprender cómo afectan las algas marinas invasoras a los ecosistemas sublitorales poco profundos. Para esto se analizó la densidad, diversidad y composición de la epifauna (la fauna que vive sobre el sedimento en el medio acuático, en particular para este caso, pequeños invertebrados marinos móviles) asociada a distintas especies nativas de algas pardas marinas, incluyendo la exótica *Undaria pinnatifida*, la cual ha colonizado exitosamente regiones costeras en muchas partes del mundo. Las conclusiones del trabajo muestran que el ensamble epifaunal se relaciona con la morfología del alga hospedadora y no con el origen de la misma, siendo más abundante entre más compleja es la morfología de la hospedadora. Tanto *U. pinnatifida* como las algas nativas tienen una morfología simple que hospeda ensambles epifaunísticos también simples; otras algas de morfología compleja hospedan ensambles más complejos. Sin embargo, se advierte que *U. pinnatifida* podría poner en riesgo al ecosistema si se expande desplazando algas de morfología compleja, disminuyendo así la abundancia de la epifauna. No se advierte, no obstante, que sucedería lo mismo si fuese un alga nativa de morfología simple la que se extendiera desplazado a la compleja. Según Boltovskoy *et al.*:

Este tipo de comentarios, legítimos, pero igualmente desviados, difícilmente son sorprendidos, ya que es improbable que las publicaciones académicas, grandes presentaciones, reportes de conferencias, artículos en diarios y revistas, disertaciones de tesis y páginas web lleguen a afirmar que una especie no nativa, o un problema relacionado a una especie no nativa con el que lidian o planean lidiar, es de poca importancia para el ambiente o a la sociedad, por lo que se reafirma la dicotomía 'nativo-bueno/extranjero-malo' (2018, p. 11192).

4.3. El ave emblema de la meseta

El Proyecto Macá Tobiano concentra, desde 2008, los esfuerzos por salvar a una especie endémica, críticamente amenazada de extinción, que habita ciertas lagunas de Santa Cruz (Argentina). El macá tobiano (*Podiceps gallardoi*) ha visto reducidas sus poblaciones, se estima que en un 80% en los últimos 25 años, a raíz de varios factores (Roesler *et al.*, 2018, p. 17). Por un lado, se ha reducido su hábitat reproductivo al secarse las lagunas donde anidan, y, además, el cambio climático afecta el ciclo de vida de la planta que utilizan para construir sus nidos, la vinagrilla (*Myriophyllum quitense*). En varias temporadas no ha habido éxito reproductivo (Roesler *et al.*, 2019). Por otro lado, las poblaciones se ven afectadas negativamente tanto por el aumento de las poblaciones de gaviota cocinera (*Larus dominicanus*), como por causas antrópicas y por la introducción de especies exóticas que predan sobre los individuos o compiten por los recursos (Roesler *et al.*, 2018, pp. 17, 18). A pesar de que los investigadores reconocen que a largo plazo los impactos del calentamiento global son la principal amenaza para la especie y que esto escapa de su control (por ejemplo, menores nevadas, insuficientes para llenar las lagunas, a la vez que vientos más fuertes que terminan de secarlas) (Roesler *et al.*, 2018, p. 17), aún así se enfocan los esfuerzos de conservación en dar muerte a las especies exóticas y en controlar las poblaciones de la especie nativa (la gaviota cocinera), dado que las poblaciones remanentes de macá tobiano son las únicas en el mundo. Si bien estas acciones han logrado estabilizar la población, con un leve aumento de entre un 1% y un 3%, no redundan en un aumento de los nacimientos de pichones. En un intento por aumentar el número de individuos, se ha optado por recolectar los huevos “ecológicamente perdidos” (el 95% de las parejas de macaes que pone dos huevos abandona uno), incubarlos y criarlos artificialmente, pero hasta el momento no ha habido éxito (Roesler *et al.*, 2018, p. 19; Roesler *et al.*, 2019).

Este proyecto ejemplifica claramente cómo la conservación es un ejercicio biopolítico: se otorga mayor valor a las poblaciones del macá tobiano por ser escasas y únicas y por lo tanto se promoverá la vida de las mismas. Y para que éstas poblaciones puedan proliferar se realizan acciones en contra de otras: las poblaciones de otras especies nativas como la gaviota cocinera (cuya expansión se considera problemática) son intervenidas al interrumpir la totalidad de la eclosión de sus pichones, mientras que otras aves acuáticas que compiten por los recursos de nidificación deben ser alejadas, y especies exóticas, como el visón americano (*Neovison vison*), deben ser eliminadas (Roesler *et al.*, 2019). Además, se puede ver cómo, en pos del bienestar de la población – algo que no se traduce necesariamente en el bienestar de los seres individuales –, es posible realizar acciones que resulten dañinas para los individuos (López Barrios, 2019, p. 111), como hacer eclosionar huevos para experimentar con la crianza de los pichones. En este caso, según los autores, “los resultados no han sido los mejores” (Roesler *et al.*, 2018, p. 19). Todas estas acciones son promovidas en pos de la conservación, aun cuando no redunden efectivamente en un aumento poblacional, ya que como se ha mencionado previamente, el cambio climático es

el principal factor detrás del fracaso reproductivo de la especie. Al respecto de este tipo de situaciones, Lindenmayer y Hunter consideran que “las acciones de conservación a veces tratan los síntomas [...] en vez de abordar las causas subyacentes. Esto puede llevar a que los esfuerzos de conservación sean ineficientes, inefectivos o completos fracasos” (2010, p. 1463). Ya que resulta poco realista intentar abordar causas subyacentes como el cambio climático desde proyectos de conservación, quizás sea hora de reconocer que los sistemas naturales están cambiando permanentemente debido a éste y a otros factores de origen antrópico, que dudosamente se vean en retroceso.

4.4. Cuando ser nativo ya no significa ser protegido

Como el caso de la gaviota cocinera en Santa Cruz, existen otros casos donde el valor de la vida tampoco es ya dado por la pertenencia considerada natural a un territorio, es decir, por ser nativo, sino por el valor asignado a una especie nativa en particular. López Barrios (2019) menciona cómo el Programa Nacional de Conservación de Tortugas Marinas (PNCTM) en México, al aumentar las anidaciones de tortugas golfinas (*Lepidochelys olivacea*) en la costa del Pacífico, obtuvo como uno de sus resultados (por fuera de los cálculos) el aumento poblacional de otra especie nativa que predadora sobre los huevos y las tortugas neonatas, el escarabajo *Omorgus suberosus*, a los que se optó por exterminar.

Como podemos ver, la conservación aparece como una disciplina de crisis y como tal, actúa sin saber necesariamente todos los hechos o los resultados de las acciones que se llevan a cabo (Soulé, 1985, p. 727). Su accionar implica invertir de valor ciertas poblaciones en detrimento de otras, generando mecanismos de cuidado, protección y conservación de la vida y la biodiversidad, al mismo tiempo que establece mecanismos de exclusión (López Barrios, 2019).

Por último, me interesa mencionar el caso del búho moteado del norte (*Strix occidentalis caurina*) listado como amenazado en el Acta de Especies Amenazadas de Estados Unidos en 1990. En 2014, el U.S. Fish and Wildlife Service (Servicio de Pesca y Vida Silvestre de los Estados Unidos) empezó a llevar adelante la matanza de otro búho nativo, el búho barrado (*Strix varia*), cuya población se encuentra en expansión y afecta negativamente a la otra especie. Es pertinente mencionar que lo que ocasionó originalmente la disminución poblacional del búho moteado del norte fue la pérdida del hábitat debido a la industria maderera, ya que este ave depende de bosques compuestos por árboles añejos para anidar, alimentarse y refugiarse (Jonathan y Forsman, 1992, p. 96; U.S. Fish and Wildlife Service, 2011). A pesar de esto, en enero de 2021, bajo el gobierno de Donald Trump, se reguló retirar la protección legal a más de un millón de hectáreas de ambiente protegido crítico para la especie (más de un tercio del hábitat total), algo que no llegó a implementarse y finalmente la administración de Joe Biden decidió no llevar a cabo (Partlow, 2021).

En los ejemplos analizados es evidente cómo ciertas especies son investidas de

valor y protegidas mientras que otras son necesariamente sacrificables, llevándose a cabo acciones a nivel poblacional para promover unas mediante el exterminio de las otras. Las vidas valiosas como la del macá tobiano o la del búho moteado del norte son vidas *dignas de duelo* al decir de Butler, en el sentido de que el valor que tienen hace que la pérdida de éstas sea relevante y lamentable, en sentido opuesto a la muerte de una gaviota cocinera o de un búho barrado.

Un par de cuestiones más son relevantes de remarcar. Por un lado, es evidente que el ejercicio de la conservación no es tarea sencilla. No se pueden anticipar todos los resultados y muchas veces los proyectos se ven superados por cuestiones políticas e intereses económicos, como la desprotección del hábitat crítico del búho moteado del norte, o la instalación de una represa hidroeléctrica que afecte los cursos de agua, contribuyendo consecuentemente a la extinción del macá tobiano (Fundación Ambiente y Recursos Naturales, 2020; Télam Digital, 2021).

Por otro lado, al administrar y regular la vida de distintas especies, la conservación es también especista en el sentido de que, más allá de un trato o una creencia, constituye un sistema de dominación integrado a otros sistemas como lo son el capitalismo y el colonialismo (Carsolio, 2020, p. 382). Y en este sentido, capitalismo, colonialismo y conservación pueden articularse para explotar recursos naturales en países del llamado “tercer mundo” a través de empresas u organizaciones no gubernamentales que llevan adelante inversiones para investigación y conservación a cambio de obtener rédito económico, derechos exclusivos y/o patentes, sin necesariamente beneficiar a la población humana local (Bamford, 2002, pp. 38, 40; Joyce, 1992, p. 403).

Finalmente, a través de, y junto con la naturaleza que es considerada como *propia*, se refuerzan estructuras, subjetividades y valores sociales específicos (Biermann y Anderson, 2017, p. 6). Esto sirve, por ejemplo, para legitimar políticas de corte nacionalista que definen quién es ciudadano y quién no, quien merece derechos y protección y quién no, y esto aplica tanto para la biota como para los animales humanos.

5. Aotearoa Nueva Zelanda: colonialismo devenido en eco-nacionalismo

En esta última sección me interesa analizar los proyectos y discursos conservacionistas en una nación en particular, ya que me parece un caso paradigmático en el cual intersectan varios de los aspectos tratados anteriormente. Para esto es necesario hacer una pequeña introducción de la historia de este lugar.

5.1. La última gran masa de tierra habitable a la que llegaron los humanos

Aotearoa Nueva Zelanda es una isla ubicada en el Océano Pacífico cuya formación se remonta a su separación del supercontinente Gondwana hace 85 millones de años. El aislamiento geográfico de cualquier isla conlleva fenómenos particulares de especiación, extinción y colonización que redundan en un alto grado de especies endémicas, es decir, que sólo se encuentran en ese lugar. En Aotearoa en particular, todas las ranas, reptiles,

más del 90% de los insectos, un 80% de las plantas vasculares y un 25% de las aves son endémicas (Department of Conservation & Ministry for the Environment, 2000, p. 2). Al haber evolucionado aisladas, estas especies son particularmente vulnerables a la introducción de otras especies, especialmente predadores y generalistas (Pyšek *et al.*, 2017).

Los primeros humanos, de ascendencia polinésica y en la actualidad llamados *Māori*, arribaron hace aproximadamente 1200 años. Con esta primera colonización humana llegaron también las primeras modificaciones del ambiente, como fue la introducción del roedor *kiore* (*Rattus exulans*), la extinción de las nueve especies de moas (aves no voladoras del orden Dinornithiformes) y la reducción de los bosques. A partir de 1830 empezaron a llegar los primeros colonos británicos y en 1840 se firmó *Te Tiriti O Waitangi* (Tratado de Waitangi), con la intención de anexar oficialmente las tierras al imperio británico, ordenar la compra-venta de las mismas y proteger los intereses de *tangata whenua* (gente de la tierra/ pobladores originarios). Por motivos que exceden los objetivos de este trabajo no puedo detenerme a ahondar en los detalles de ese tratado,² pero es importante remarcar que el proceso colonial determinó una reducción de la población originaria, de la posesión sobre sus tierras y una pérdida de la lengua (*Te Reo Māori*), siendo *tamariki* (niños) castigados físicamente en las escuelas por hablar su idioma.³

Tras el establecimiento de los inmigrantes europeos, más transformaciones siguieron ocurriendo en el paisaje. La idea era hacer una “Gran Bretaña del Sur” a través de la creación de granjas a partir de la naturaleza “vacía”, carente de valor, al tiempo que se introducían especies no domésticas de plantas y animales. El reemplazo del ecosistema original por un paisaje más familiar dio a su vez un sentimiento de unidad a los *pākēha* (palabra que designa a los descendientes de europeos). Aves nativas como el *kiwi* (*Apteryx spp.*) y el extinto *huia* (*Heteralocha acutirostris*) fueron apropiadas simbólicamente, mientras que artefactos y costumbres Māori eran exhibidos como parte del singular pasado de la nueva nación blanca, Nueva Zelanda (Ginn, 2008, p. 338). Tanto la población originaria como la naturaleza fueron consideradas sacrificables, frente a lo proveniente de Europa, que fue investido de valor.

5.2. La coexistencia de dos culturas y la naturaleza como identidad nacional

Actualmente, Aoteroa Nueva Zelanda se presenta como un estado bicultural pero, dado que el proceso colonial fue extremadamente traumático para una buena parte de la población, la naturaleza única del lugar surge como terreno neutral en el cual fundar el sentimiento de nacionalidad-comunidad; en las propias palabras del gobierno: “la biodiversidad es vital para sostener la vida y nos ofrece una base única para nuestra cultura y sentimiento de identidad nacional” (Department of Conservation & Ministry

² El tratado fue escrito tanto Te Reo Māori como en inglés y tiene tres artículos que tienen un significado diferente, con consecuencias visibles hoy en día en lo que refiere a la soberanía y autodeterminación sobre las tierras y recursos.

³ Te Reo Māori es uno de los idiomas oficiales del país junto al inglés y a la lengua de señas. En vista de los daños ocasionados a la población indígena y de la reivindicación actual del idioma, me parece importante usarlo para nombrar especies y conceptos.

for the Environment, 2000).

Es pertinente mencionar que no todos los ecosistemas se valoran simbólicamente de igual forma. También aquí hay una jerarquía en relación a lo que otorga identidad a los kiwis (palabra Māori apropiada para designar a toda persona nacida en el país – con ciertas condiciones de ciudadanía o residencia de los progenitores –) dado por el grado de modificación del ambiente, el carácter autóctono y el atractivo visual, como son las montañas y los bosques perennifolios, en contraste a los manglares y los muy degradados humedales. Los ambientes más apreciados son, entonces, los que se consideran más prístinos (Ginn, 2008, p. 338). En palabras de Simberloff: “Nueva Zelanda es comercializada y percibida globalmente, si no como un paraíso prístino, al menos como una nación con maravillosas características naturales y un compromiso nacional de preservarlas” (2019, p. 259).

El *Department of Conservation (DOC)* (Departamento de Conservación) dependiente del gobierno, de vanguardia en lo que respecta al compromiso ambiental y a la intervención del Estado en el mismo, posee diversas técnicas para cuantificar, gestionar y arreglar los fenómenos de la naturaleza (*Geographic Information System–GIS–/Sistemas de información geográfica*, bases de datos genéticas, anillado de aves, controles de bioseguridad para prevenir el ingreso de especies exóticas, etc.). Volvemos a ver tecnologías para definir el mundo no-humano, clasificarlo, ordenarlo y hacerlo cognoscible (Ginn, 2008, p. 339).

Según el informe *Estrategia de Biodiversidad de Nueva Zelanda 2000* se han extinguido en los últimos 700-800 años un 32% de especies de aves terrestres y de ambientes de agua dulce, un 18% de especies de aves marinas, al menos 12 % de invertebrados y 11 % de plantas, entre otros organismos (Department of Conservation & Ministry for the Environment, 2000, p. 4). Asimismo, se estima el valor anual de la biodiversidad en \$230 billones de dólares en base a usos directos, usos indirectos de servicios ecosistémicos y valores pasivos (Department of Conservation & Ministry for the Environment, 2000, p. 3).⁴ Con base en lo anterior es que es política de estado preservar la biodiversidad y los ambientes.

El proyecto eco-nacionalista de este país puede entenderse como un intento de poner orden sobre el turbulento dominio de lo no-humano desde una visión occidental, ya que ésta entiende a la naturaleza como algo externo y anterior a la sociedad, y de ahí la aspiración a recuperar la naturaleza prístina previa a la llegada de los humanos (Ginn, 2008, p. 339). En este sentido, la visión conservacionista eurocéntrica, basada en la agencia humana y enfocada en datos biofísicos, choca con la cosmología Māori, que entiende la historia en relación a *whakapapa* (genealogía): la conexión entre los espacios, las personas, los animales, las plantas, las estrellas y los dioses desde el principio de la creación. En efecto, los valores de esta cultura están basados en una dimensión física y espiritual (Irwin, 2021, p. 310; McAllister *et al.*, 2020, p. 5)

⁴ Los usos directos se refieren a recursos que se extraen como alimentos, madera o materiales sin procesar. Los usos indirectos tienen que ver con la regulación del clima, el control de la erosión de los suelos, el ciclado de nutrientes, etc., Los valores pasivos tienen que ver con la posibilidad de darle uso en un futuro, el valor intrínseco y el valor para las futuras generaciones.

En el pasado, la oposición entre naturaleza y civilización fue racializada, proveyendo la lógica bajo la cual el colonialismo europeo pudo gobernar sobre gente más “primitiva” y sobre su “prístina” naturaleza (Ginn, 2008, p. 340). Hoy en día las tensiones entre las culturas anglosajonas y Māori se expresan, por ejemplo, en legislaciones que prohíben el manejo de especies nativas por la población originaria, contradiciendo *Te Tiriti O Waitangi*. Bajo la necesidad de conservación se ha prohibido el uso de ciertas especies, y aunque dicha prohibición debería tratar las aspiraciones y deseos de la comunidad Māori y no-Māori por igual (Wright *et al.*, 1995, p. 83), en la práctica no resulta ser siempre así.

5.3. La taxonomía de la diferencia

Es interesante observar que los peces de agua dulce no están bajo la protección que otros grupos taxonómicos gozan bajo el Acta de Vida Silvestre de 1953 (Wildlife Act 1953, s.f.), aun cuando un 70% está en riesgo o amenazado de extinción (Department of Conservation & Ministry for the Environment, 2020, p. 3). De hecho, según el apartado *Interpretación* (2) ni siquiera son considerados como animales sino como “vida acuática”. Wright *et al.* (1995) comentan que las poblaciones de algunas especies de peces marinos y de agua dulce (*tamure* - *Pagrus auratus* -, *whitebait* - juveniles de la familia Galaxiidae -) han sido manejadas como recursos, siendo pescadas comercialmente o por deporte, con poca consideración respecto a prácticas sustentables (cuatro de las seis especies de *whitebait* están en riesgo o amenazadas de extinción (Department of Conservation & Ministry for the Environment, 2020, p. 5)). Por el contrario, la mayoría de las aves gozan de absoluta protección en nombre de la conservación de especies. No es casual: las aves generan más empatía que los peces al ser menor la distancia evolutiva que nos separa de ellas; las personas pueden tenerlas como mascotas formando lazos afectivos, y existe más investigación y divulgación sobre su mundo que sobre el de los peces. Mientras que la observación de aves se vende como una práctica ecoturística para la cual no se requieren conocimientos previos ni equipamiento especial (los binoculares no son esenciales), acceder al mundo de los peces de una forma similar es más difícil: para hacer buceo o snorkel se necesita saber nadar, ir a lugares específicos y tener entrenamiento y equipamiento apropiado. La escasa empatía que suelen despertar los peces normalmente al ser pescados los ubica claramente como vidas que no merecen ser lloradas: en la pesca industrial ni siquiera se los cuenta por número de individuos sino por peso en toneladas.

Siguiendo con las aves, me parece relevante mencionar que, si bien la mayoría goza de protección absoluta, la mencionada Acta de Vida Silvestre de 1953, en su Anexo 1, permite la caza deportiva de cuatro especies nativas de aves acuáticas: *kuruwhengi* (*Anas rhyncotis*), *pāraera* (*Anas superciliosa*), *pūtangitangi* (*Tadorna variegata*) y *pūkeko* (*Porphyrio porphyrio melanotus*). Mientras que las comunidades Māori han sabido hacer un uso sustentable de especies como *pāraera* y *kererū* (*Hemiphaga novaeseelandiae*) durante un milenio, la legislación actual permite la caza de la primera (en peligro crítico) al mismo tiempo que prohíbe la de la última (no amenazada) desde 1921 (Wright *et al.*, 1995, p. 84).

¿Por qué esta diferencia? Por un lado, se podría objetar que kererū tiene una importancia a nivel ecológico, al ser la única especie de ave en la actualidad capaz de alimentarse de frutas de gran porte y así distribuir las semillas a través de grandes extensiones de bosque, contribuyendo con su mantenimiento y desarrollo (Department of Conservation Te Papa Atawhai, s.f.-a), mientras que las especies de la familia anseriforme (patos) no tendrían una función clave en el ecosistema. Pero, por otro lado, la caza de patos se relaciona con la herencia de caza europea: se considera aceptable y apropiado dar muerte a estas aves ya que esta actividad forma parte de esas tradiciones de alimentación y entretenimiento (Wright et al., 1995, p. 84). Los autores se preguntan si la distinción está dada en efecto por una diferencia en la capacidad de las especies de soportar las presiones de caza, o si se trata de un sesgo hacia la cultura Māori. Al no evidenciarse el mismo nivel de amenaza para la supervivencia de las especies, se ven forzados a rechazar la primera hipótesis y aceptar la segunda: aunque kererū es altamente valorada culturalmente y como recurso alimenticio por los Māori, no se les otorga kaitiakitanga (la responsabilidad de proteger el recurso para las futuras generaciones) o la tutela de la especie, mientras que la organización no gubernamental Fish & Game New Zealand (Pesca y Caza Nueva Zelanda) sí puede tener el derecho de manejar las poblaciones de patos que la ley permite cazar (Wright et al., 1995, p. 84). Por último, los autores analizan cómo también existe una gran variedad de especies exóticas (introducidas en el pasado con fines de caza) que, a pesar del costo que puedan generar sobre la integridad y el funcionamiento de los ecosistemas, siguen presentes en los mismos. En otras palabras, la fracción dominante de la población estaría dispuesta a aceptar la regulación diferencial de especies nativas e introducidas más allá del costo que pueda haber en términos de conservación, para tener acceso a una gran variedad de animales que satisfagan un uso de sus tradiciones culturales.

5.4. Saquen a esos intrusos de nuestras tierras

Un proyecto que busca recuperar el estado prístino de Aotearoa New Zealand previo a la llegada de los humanos es Predator Free 2050 (Libre-De-Predadores 2050), el cual empezó en 2016 y es, según se encuentra definido en la página web de DOC: “un ambicioso objetivo de liberar a Nueva Zelanda de los predadores introducidos más dañinos que amenazan las taonga [tesoros] naturales de nuestra nación, nuestra economía y el sector primario” (Department of Conservation Te Papa Atawhai, s.f.-b). Dadas las consecuencias negativas que, como hemos mencionado, tiene la introducción de predadores en una isla, se realizan diversas acciones coordinadas a nivel nacional con el fin último de llegar a erradicar mamíferos predadores introducidos, específicamente: dos especies de ratas traídas por los colonos británicos (*Rattus rattus* y *Rattus norvegicus*), la especie que vino junto a los primeros habitantes polinesícos, kiore, mustélidos, específicamente hurones (*Mustela furo*), comadreas (*Mustela nivalis vulgaris*) y armiños (*Mustela erminea*), así como zarigüeyas australianas (*Trichosurus vulpecula*). El proyecto es unificador de la sociedad en tanto no sólo involucra al gobierno, científicos y técnicos, sino que busca

incluir a las comunidades pākēha y Māori, organizaciones no gubernamentales, empresas, granjeros, etc., llegando incluso a mencionar que “Aotearoa Nueva Zelanda, libre de estos predadores, sería una tierra abundante en fauna y flora, donde la conexión de las personas con la naturaleza y con los demás mejoraría” (Department of Conservation Te Papa Atawhai, 2021, p. 13, énfasis agregado).

Hay varias cuestiones a tratar sobre este proyecto. Primero, a pesar de que los análisis indiquen que, de 9000 especies terrestres, 3000 se encuentran amenazadas o en peligro de extinción (Department of Conservation Te Papa Atawhai, 2021, p. 6), es menester recordar que las especies exóticas no son la única causa de la reducción poblacional de las especies. La amenaza más importante resultan ser los cambios en el uso del suelo y el mar - incluida la pérdida y degradación del hábitat -, seguida por la sobreexplotación de las especies (directa mediante la caza, pesca o recolección intencional, o indirecta cuando se mata individuos que no eran el objetivo, como por ejemplo captura accidental en la pesca) (WWF, 2020, p. 20). Segundo, y uno de los puntos más criticados del proyecto, no se incluye en éste ninguna acción para controlar la influencia de una especie también introducida y muy abundante: el gato (*Felis catus*). Predadores de mamíferos, aves, peces, reptiles y pequeños invertebrados, los gatos son considerados globalmente como una especie con un alto impacto sobre la biodiversidad (Trouwborst et al., 2020). En Aoteroa han sido parte de las causas que llevaron a la extinción de algunas especies de aves y a la reducción de ciertas poblaciones de reptiles (Heidy Kikillus et al., 2017, p. 16; Rouco et al., 2017), y son causantes también de un elevado ingreso de aves en centros de rescate y rehabilitación (cuando la interacción con el gato no termina inmediatamente con sus vidas). Es pertinente mencionar que, como toda especie introducida, el impacto en las redes ecológicas es complejo: así como puede provocar la disminución poblacional de especies consideradas valiosas, también preda sobre especies consideradas peste, como las ratas.

Según New Zealand Companion Animal Council Inc. (Consejo de Animales de Compañía de Nueva Zelanda), el gato es el animal de compañía más popular en este país, presente en el 44% de los hogares (New Zealand Companion Animal Council Inc., 2016, p. 19); además, existen gatos callejeros y asilvestrados. Si bien la percepción que tiene el público sobre estos animales no es uniforme (son vistos como animales de compañía valiosos pero también como plagas introducidas) (Heidy Kikillus et al., 2017, p. 16), al no existir una regulación uniforme respecto a la tenencia, deambulan sin restricciones.⁵ ¿Qué diferencia existe entre los gatos y las demás especies introducidas en este país para que los primeros no hayan sido considerados dentro de los objetivos de Libre-De-Predadores 2050? Una especie es reconocida como ciudadana y es protegida, a pesar de tener efectos similares sobre la fauna autóctona; las otras son plagas, especies extranjeras que ponen en peligro las especies nativas. Las especies peste no amenazan sólo la fauna nativa, sino

⁵ En otros países existen regulaciones enfocadas en la tenencia responsable para evitar las interacciones negativas con la fauna silvestre.

también la identidad nacional y los gatos forman parte de ésta. El proceso colonial europeo no fue hecho sólo por animales humanos, sino que fue multiespecie, en el sentido de que deliberadamente llevó consigo animales como el gato y el mirlo (*Turdus merula*) y plantas como el espinillo (*Ulex europaeus*) y distintas especies de roble (de la familia *Fagaceae*) que daban la familiaridad del paisaje dejado atrás.

Respecto de las especies objetivo del proyecto, hay dos de las que me interesa hacer mención. La rata kiore es a la vez considerada plaga por el proyecto, pero valorada por la cultura Māori como *taonga tuku iho* (tesoros pasados de generación en generación): forma parte del ambiente según su cosmovisión, tiene valor simbólico y práctico ya que ha sido utilizada como recurso. El haber llegado con los primeros habitantes les confiere un valor más allá de que hayan afectado y afecten a otras especies consideradas valiosas para la lógica preservacionista. Las poblaciones de kiore, entonces, no sufren una erradicación total, sino parcial, preservándolas por ejemplo en santuarios en ciertas islas (Ricardo *et al.*, 2020).

En el otro extremo de esta valorización de las especies *peste* está la zarigüeya australiana. Se trata de un marsupial que fue introducido en sucesivas ocasiones entre 1895 y 1920 por los colonos europeos y con apoyo de diferentes gobiernos y sociedades de aclimatación (asociaciones voluntarias que promovían la introducción de especies no nativas) para explotarlo como recurso peletero. Potts (2009, p. 2) analiza la cuestión de la percepción sobre las zarigüeyas, las cuales pasaron de estar protegidas por ley hasta 1947, a ser vistas como una amenaza a la biodiversidad y al sector primario (las zarigüeyas podrían ser transmisoras de tuberculosis al ganado bovino).⁶ Esta autora señala cómo, desde 1960, se extendió una fuerte retórica anti-zarigüeya:

Es antipatriótico cuestionar, menos aún resistir, la demonización de las zarigüeyas australianas en este país. Hay un dicho en Nueva Zelanda: 'La única zarigüeya buena es la zarigüeya muerta' [...]. En la narrativa de la 'amenaza extranjera', la zarigüeya se propaga, infecta, invade, ataca y mata. Un discurso relacionado condena a la zarigüeya por haber causado aparentemente de forma deliberada semejante devastación; la retórica asociada a esta perspectiva favorece la venganza y el castigo (Potts, 2009, pp. 1, 3)

La guerra contra esta especie es abiertamente declarada y las metáforas bélicas, como ha sido mencionado anteriormente, tampoco faltan:

“Conoce a tu enemigo”, el eterno mandato de Sun Tzu en el Arte de la Guerra se aplica tanto a los neozelandeses que se enfrentan a la zarigüeya australiana como lo hizo para los chinos que se enfrentaban a las hordas invasoras en el siglo VI a.C. La zarigüeya ha sido un enemigo espectacularmente astuto y exitoso (Montague, 2000, p. 9).

⁶ La producción de carne y lácteos es una actividad productiva muy importante y también parte de la identidad nacional de la población de ascendencia europea.

El alcance de estos discursos lleva a ver a un animal como un enemigo público de la identidad nacional (la naturaleza y el sector primario) y los mismos se materializan en distintas prácticas: desde considerar legítimo el atropellarlas intencionalmente al manejar vehículos (Ginn, 2008, p. 348; Potts, 2009, p. 19) hasta promover actividades escolares de “purga” de zarigüeyas (Major, 2021). En este sentido, Potts considera que para generar en el público una aversión por las zarigüeyas, que de otra forma no sería espontánea, los niños deben ser adoctrinados desde una edad temprana: constante y frecuentemente se repite el mensaje de que son infecciosas y una amenaza para la singularidad y economía del país (2009, p. 15). Las vidas de estos animales son, para la gran mayoría de la población, despreciables al punto de no merecer ningún tipo de compasión y definitivamente no son dignas de duelo.

5.5. Protect Pūtiki, Honour Te Tiriti

A mediados de 2021 comenzó la ocupación pacífica de Bahía Pūtiki en la isla Waiheke por parte del movimiento conocido como *Protect Pūtiki*, con el fin de impedir el proyecto Puerto de Kennedy Point, un emprendimiento náutico que promete la construcción, entre otras cosas, de 180 amarraderos para embarcaciones (150 ya han sido vendidos, los más baratos a 180.000 NZ\$ - más de 126.000 US\$ -) y un estacionamiento flotante para autos. Este movimiento ha sido encabezado por el Consejo de Administración *Ngāti Pāoa* y cuenta con el apoyo de miembros de *iwi* (grupos Māori relacionados por *whakapapa*), residentes de la isla y grupos ambientalistas (Acheson, 2021).

La ocupación busca lograr proteger a *moana* (mar), *mātauranga* (conexiones intelectuales) y *whakapapa* (conexiones genealógicas). Como mencionamos anteriormente, el concepto de *whakapapa* es fundamental para la cosmovisión Māori: se entiende como la interconexión e interdependencia de las relaciones de parentesco que entretejen a las personas con todos los demás elementos de la naturaleza (Irwin, 2021, p. 310). Relacionado con esto está el concepto de *kaitiakitanga* (custodia/tutela) sobre la tierra y el mar que amenaza este emprendimiento náutico. Una de las especies clave del ecosistema y sobre la cual también tienen *kaitiakitanga* es *kororā* o pequeño pingüino azul (*Eudyptula minor*). Los desarrolladores del proyecto aducen que no habrá daño a la especie y que hay un plan de manejo ideado por un ecologista independiente; sin embargo, grupos ambientalistas locales como *Forest & Birds* (Bosque y Aves) y *Native Bird Rescue* (Rescate de Aves Nativas) se muestran preocupados. El *iwi* local *Ngāti Pāoa* ha señalado, por su parte, que la ciencia detrás de este plan no ha incluido *mātauranga* Māori (conocimiento Māori), a pesar de que estos pingüinos representan *taonga* para este *iwi* (Acheson, 2021). Según *DOC*, las poblaciones de esta especie se han visto reducidas, en parte, por los desarrollos costeros que llevan a la destrucción y modificación de su hábitat (Department of Conservation Te Papa Atawhai, s.f.-c).

En este caso en particular, vemos precisamente cómo la amenaza a la biodiversidad no viene dada necesariamente por las especies introducidas, sino por la acción humana a través

de la modificación del hábitat. La construcción de amarraderos para embarcaciones de la clase dominante es considerada como un desarrollo legítimo, a pesar de que el número de estos emprendimientos haya ido en aumento en los últimos años, y del reconocimiento del impacto negativo que generan (Hauraki Gulf Forum, 2020). También cabe mencionar que estos emprendimientos privatizan un espacio público importante para Ngāti Pāoa, ya que es el punto al cual arribaron en canoas sus tipuna (antepasados) y con el cual tienen whakapapa. Esta disputa está directamente relacionada con la interpretación de Te Tiriti O Waitangi y el reconocimiento de los grupos Māori en los procesos de desarrollo y administración de recursos, pero también con la concepción ontológica sobre lo que es el ambiente. Cuando la policía notificó “legalmente” a las personas que realizaban la ocupación pacífica de la Bahía, que estaban invadiendo propiedad privada, con justa razón respondieron: ¿cómo pueden notificarnos de que estamos invadiendo propiedad privada por acceder a nuestro propio moana? (Acheson, 2021). De todas maneras, estas notificaciones, que los desarrolladores del emprendimiento habrían autorizado a la policía para entregar, fueron declaradas ilegales, y, por lo tanto, inválidas y canceladas (Franks, 2021).

6. Conclusiones

El objetivo de este trabajo ha sido analizar determinados aspectos de la biología de la conservación desde el marco teórico de la biopolítica. Este punto de partida permitió replantear las prácticas que se llevan a cabo bajo la lógica preservacionista y entrever cuáles son los valores que ésta sostiene. Se ha visto que demonizar a las especies introducidas y manejar su exterminio no necesariamente lleva a la recuperación poblacional de las especies consideradas valiosas y que otras veces, defender ciertas especies tiene que ver con cuestiones identitarias. Sostener estas apreciaciones no implica empero negar que la introducción de determinadas especies pueda ser negativa en un ambiente en particular ni dar a entender que los proyectos de conservación sean empresas en vano.

Es necesario recordar que no existe una esencia previa para las entidades que denominamos *especie*. El concepto *per se* organiza la multiplicidad de formas de vida en conjuntos delimitados por parámetros humanos, en base a lo que el discurso científico considera normal o aberrante, como los híbridos. Si entonces resulta ser que la especie, como lo es el género o la raza en las poblaciones humanas, es el producto de dispositivos de normalización (González, 2019, p. 150), no podemos fundamentar en base a ésta un orden binario y jerárquico (nativo/introducido) que legitime el dominio y manejo de las poblaciones no-humanas. El especismo, como sistema de dominación, se funda en la idea de esencia y superioridad, y la especie deviene en “un eje de precarización de las formas de vida, [que] permanece en gran medida sin ser problematizada” (González, 2019, p. 151).

En Aoteroa Nueva Zelanda, el biopoder se manifiesta al considerarse como valiosas aquellas vidas que ayudan a reforzar y sostener la identidad nacional y/o sirven a los propósitos económicos del país, como son las especies nativas de aves (excepto las que se cazan como entretenimiento) y ciertas especies introducidas como el ganado bovino,

ovino, cultivos de ostras del pacífico (*Magallana gigas*) y de kiwis (frutos de plantas del género *Actinidia*, relanzados al mercado internacional con ese nombre a mediados del siglo pasado) (Ginn, 2008, p. 348; Research and Publishing Group of the New Zealand Ministry for Culture and Heritage, 2020). Otras especies nativas pertenecientes a otros taxones, como los peces, carecen de protección mientras que muchas especies introducidas se consideran peste y el dispositivo del racismo habilita políticas públicas de exterminio. Aun cuando ciertas especies introducidas no sean necesariamente catalogadas como pestes, el hecho de que no sean nativas facilita en la mayoría de la población un sentimiento de rechazo que hace de la pérdida de esas vidas algo irrelevante o bien una acción que ayuda a mantener la pureza de las especies locales.

Todo esto ocurre en un contexto post-colonial, en el cual justamente fomentar la “naturaleza primigenia” como base de la identidad nacional es una táctica que desvía el foco de las relaciones existentes entre las poblaciones humanas actuales, producto justamente del colonialismo. Si bien, como se mencionó anteriormente, Aoteroa Nueva Zelanda es un Estado que se reconoce bicultural y que fomenta políticas públicas en favor de esto, el racismo estructural se evidencia en las diferencias existentes entre poblaciones māories y pasifika,⁷ por un lado, y pākēha, por otro, en aspectos como la diferencia en la expectativa de vida, la población carcelaria, o el acceso a la vivienda propia. Puede que no haya políticas de exterminio explícitas para la eliminación de la población no-blanca, pero diversas condiciones hacen que sus vidas no se puedan inscribir en los mismos marcos de reconocimiento hegemónicos que los descendientes de los colonos europeos y, por lo tanto, sean más precarias.

Los espacios existentes no pueden jamás ser llevados a un estado prístino previo a la llegada de los humanos: la modificación de los ecosistemas por parte de nuestra especie data por lo menos desde el cuaternario tardío, cuando la expansión hacia ambientes como América o Australia llevó a la extinción de mega fauna, en lugares donde ésta había evolucionado sin coexistir con homínidos (Sandom *et al.*, 2014). A través de la historia de la humanidad, las poblaciones se han movilizado y han llevado consigo (voluntaria o involuntariamente) otros animales y plantas, pero la participación de estos últimos en la extensión del paisaje colonial sólo se avala en tanto sea redituable económicamente, se enmarque dentro de lo que se concibe como identidad nacional o se considere que no afecta negativamente el ideal prístino pre-colonial. Bajo el paradigma preservacionista, los únicos autorizados a intervenir los ecosistemas y las relaciones entre los seres vivos son los animales humanos, no se reconoce la agencia ni el derecho a existir de los demás seres. Habitamos comunidades compuestas por residentes de antaño y recién llegados, y así como ciertos humanos poseen distintos derechos según sean migrantes, refugiados, residentes permanentes o ciudadanos, animales y plantas gozan de distintos derechos

⁷ Diversas poblaciones de naciones del océano Pacífico (como Cook Islands, Samoa, Tonga, etc.) constituyen una minoría étnica en Aoteroa Nueva Zelanda, que además comparten similitudes culturales e históricas con la población Māori.

dependiendo de si se los cataloga de formas análogas.

Mi enfoque también viene dado por la necesidad de pensar si podemos entender el mundo del que somos parte más allá del binomio naturaleza/sociedad, uno de los tantos binomios que organizan y jerarquizan el pensamiento en Occidente; si podemos ver a la humanidad no como algo separado, sino como parte de la compleja red de interacciones que ha evolucionado durante miles de años hasta llegar a las relaciones que componen la biósfera actualmente, las cuales no son ni estables ni atemporales. Dar el espacio que merecen otras cosmovisiones, como la Māori, puede acercarnos a esto, a la vez que permite la autodeterminación de las comunidades.

La metáfora del “tejido” de la vida nos acerca a pensar la misma como un flujo de relaciones; la vida no es algo dado, sino que está en construcción constante, resultado de interacciones e interrelaciones entre fenómenos bióticos y abióticos a lo largo del tiempo (Carsolio, 2020, p. 383), “una red multiestratificada de interdependencia” (González, 2019, p. 156). Quizás se pueda dejar de buscar jerarquizar la vida y se pueda intentar interpelar al biopoder en sus intentos de controlar y regular las poblaciones no-humanas, buscando formas más respetuosas de compartir la existencia; ir más allá de la apreciación de la complejidad y

aprender a “ser educados” en las relaciones asimétricas de vivir y morir, alimentar y matar. Ser “educado” incluye el deber de ser curioso sobre lo no humano, y el deber de responder de forma justa y profundizar en nuestra responsabilidad hacia los demás. Esto exige juicios normativos que se deriven de las relaciones, más que de principios universales abstractos (Ginn, 2008, p. 337).

Cabe preguntarse entonces cómo podemos moldear nuestras relaciones con el resto de los seres vivos en un mundo que cambia tan aceleradamente por nuestra influencia.

7. Agradecimientos

A mi amiga Micaela Anzoátegui por la inspiración de su obra, su persona y por impulsarme en el proceso de escritura, a mi amigo Fernando Velásquez Villalba por la revisión del manuscrito preliminar y final, a los revisores anónimos por sus acertadas observaciones y sugerencias para hacer de éste un trabajo mejor y a mi socio Alen Lihue Maldonado por su apoyo incondicional.

Bibliografía

- Acheson. (25 de agosto de 2021). Debate Over Protect Pūtiki Exposes Systematic Injustices Against Māori In New Zealand. Recuperado de: <https://theowp.org/reports/debate-over-protect-putiki-exposes-systematic-injustices-against-maori-in-new-zealand/>
- Bamford, S. (2002). “On being ‘natural’ on the rainforest marketplace”. *Social Analysis*, 46 (1), 35-50. doi: <https://doi.org/10.3167/sa.2002.460106>
- Biermann, C. y Anderson, R. M. (2017). “Conservation, biopolitics, and the governance

- of life and death”. *Geography Compass*, 11 (e12329). doi: <https://doi.org/10.1111/gec3.12329>
- Biermann, C. y Mansfield, B. (2014). “Biodiversity, purity, and death: conservation biology as biopolitics”. *Environment and Planning D: Society and Space*, 32, 257-273. doi: <https://doi.org/10.1068/d13047p>
- Boltovskoy, D., Sylvester, F., y Paolucci, E. (2018). “Invasive species denialism: Sorting out facts, beliefs, and definitions”. *Ecology and Evolution*, 8, 11190–11198. doi: <https://doi.org/10.1002/ece3.4588>
- Butler, J. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Barcelona, España: Paidós.
- Carrera, L., Anzoátegui, M., y Domínguez, A. (3 de agosto de 2021). “Inserte “Animal” donde dice “Mujer” y viceversa: analogías entre la dominación sobre las mujeres y la dominación sobre los animales en el sistema capitalista heteropatriarcal. Recuperado de: <http://paroledequeer.blogspot.com/2021/08/inserte-animal-donde-dice-mujer.html>
- Carsolio, V. (2020). “Claves para comprender la dimensión especista en la coproducción de la vida”. *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales*, Año VII, I, 380-398. Recuperado de: <https://revistaleca.org/journal/index.php/RLECA/article/view/194>
- Chew, M. K. (2011). Aneiketaxonomy: Botany, Place and Belonging. En I.D. Rotherham & R.A. Lambert (Eds), *Invasive & Introduced Animals & Plants. Human perceptions, Attitudes and Approaches to Management* (137-152). London, UK: Earthscan.
- Davis, M. A., Chew, M. K., Hobbs, R. J, Lugo, A.E, Ewel, J. J., Vermeij, G. J., Brown, J. H., Rosenzweig, M. L ... Brigs, J. C. (2011). “Don’t judge species on their origin”. *Nature*, 474, 153-154. doi: <https://doi.org/10.1038/474153a>
- Department of Conservation Te Papa Atawhai. (s.f.-a). *New Zealand pigeon / kererū / kūkū / kūkupa*. Recuperado de: <https://www.doc.govt.nz/nature/native-animals/birds/birds-a-z/nz-pigeon-kereru/>
- Department of Conservation Te Papa Atawhai. (s.f.-b). *Predator Free 2050*. Recuperado de: <https://www.doc.govt.nz/nature/pests-and-threats/predator-free-2050/>
- Department of Conservation Te Papa Atawhai. (s.f.-c). *Little penguin/kororā*. Recuperado de: <https://www.doc.govt.nz/nature/native-animals/birds/birds-a-z/penguins/little-penguin-korora/>
- Department of Conservation Te Papa Atawhai. (2021). *Predator Free 2050*. Recuperado de: <https://www.doc.govt.nz/globalassets/documents/conservation/threats-and-impacts/pf2050/pf2050-5-year-progress-report.pdf>
- Department of Conservation & Ministry for the Environment. (2000). *The New Zealand Biodiversity Strategy*. Recuperado de: <https://www.doc.govt.nz/globalassets/documents/conservation/new-zealand-biodiversity-strategy-2000.pdf>
- Department of Conservation & Ministry for the Environment. (2020). Improving white-bait management | Te whakapai ake i te whakahaere inanga. Recuperado de: <https://>

- www.doc.govt.nz/globalassets/documents/getting-involved/consultations/2019/whitebait-consultation/whitebait-discussion-document-2020.pdf
- Dutkiewicz, J. (2015). "Important Cows and Possum Pests. New Zealand's Biodiversity Strategy and (Bio)Political Taxonomies of Introduced Species". *Society & Animals* 23, 379-399. doi: <https://doi.org/10.1163/15685306-12341371>
- Folguera, G., y Marcos, A. (2013). "El concepto de especie y los cambios teóricos de la biología". *Ludus Vitalisol*. XXI, 39, 1-25. Recuperado de: <http://www.ludusvitalis.org/ojs/index.php/ludus/article/view/66/66>
- Foucault, M. (1998). *Historia de la Sexualidad I, La voluntad de saber*. Madrid, España: Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (2000). *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Franks, J. (19 de septiembre de 2021). Waiheke marina: Trespass notices given by police at Kennedy Point weren't legal. Recuperado de: https://www.stuff.co.nz/national/126400845/waiheke-marina-trespass-notices-given-by-police-at-kennedy-point-werent-legal?fbclid=IwAR1lCtJf8NGYLAu0gcKblkXGOQWWoVYE31eHkJzow_hTvaHEi5AiogEZj0c
- Fundación Ambiente y Recursos Naturales. (25 de junio de 2020). Caso Represas en el Río Santa Cruz.. Recuperado de: <https://farn.org.ar/proyecto/caso-represas-en-el-rio-santa-cruz/>
- Ginn, F. (2008). "Extension, subversion, containment: eco-nationalism and (post)colonial nature in Aoteroa New Zealand". *Transactions of the Institute of British Geographers, New Series*, 33 (3), 335-353. Recuperado de: <http://www.jstor.org/stable/30131222>
- González, A. (2019). "Lecturas animales de las vidas precarias. El «discurso de la especie» y las normas de lo humano". *Tabula Rasa*, 31, 139-159. doi: <https://doi.org/10.25058/20112742.n31.06>
- Heidy Kikillus, K., Chambers, G., Farnworth, M., y Hare, K. (2017). "Research challenges and conservation implications for urban cat management in New Zealand." *Pacific Conservation Biology*, 23, 15-25. Recuperado de: <https://www.publish.csiro.au/pc/pdf/PC16022>
- Hauraki Gulf Forum. (2020). *State of our Gulf 2020*. Recuperado de: <https://www.aucklandcouncil.govt.nz/about-auckland-council/how-auckland-council-works/harbour-forums/docsstateofgulf/state-gulf-full-report.pdf>
- Irwin, R. (2021). Rewilding policy futures: Maori whakapapa and the ecology of the subject. *Policy Futures in Education*, 19 (3), 307-323. doi: <https://doi.org/10.1177/1478210320980580>
- Jonathan, B. y Forsman, E. (1992). "Dependence of northern spotted owls *Strix occidentalis caurina* on old-growth forests in the western USA". *Biological Conservation*, 62

- (2), 95-100. doi: [https://doi.org/10.1016/0006-3207\(92\)90930-L](https://doi.org/10.1016/0006-3207(92)90930-L)
- Joyce, C. (1992). Western Medicine Men Return to the Field. *BioScience*, 42 (6), 399-403. <https://doi.org/10.2307/1311858>
- Lampert, A., Hastings, A., Grosholz, E., Jardine, S., y Sanchirico, J. (2014). “Optimal approaches for balancing invasive species eradication and endangered species management”. *Science*, 344 (6187), 1028-1031. doi: <https://doi.org/10.1126/science.1250763>
- Lindenmayer, D. y Hunter, M. (2010). “Some Guiding Concepts for Conservation Biology”. *Conservation Biology*, 24 (6), 1459-1468. doi: <https://doi.org/10.1111/j.1523-1739.2010.01544.x>
- López Barrios, J. I. (2019). “Gubernamentalidad de la conservación: biopoder y tortugas marinas en México”. *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales*, Año VI, II, 81-119. Recuperado de: <http://revistaleca.org/journal/index.php/RLECA/article/view/239/180>.
- Major, Emily. (16 de septiembre de 2021). ‘Possum Purge’: To Cleanse and Purify. Recuperado de: <https://framingspeciesism.com/2021/09/16/possum-purge-to-cleanse-and-purify/>
- Mallet, J. (2005). “Hybridization as an invasion of the genome”. *Trends in Ecology and Evolution*, 20 (5), 229-237. doi: <https://doi.org/10.1016/j.tree.2005.02.010>
- McAllister, T., Beggs, J., Ogilvie, S., Kirikiri, R., Black, A., y Wehi, P. (2020). “Kua takoto te mānuka: mātauranga Māori in New Zealand ecology”. *New Zealand Journal of Ecology*, 43 (3), 1-7. doi: <https://dx.doi.org/10.20417/nzj ecol.43.41>
- Montague, T. L. (Ed.). (2000). *The brushtail possum: Biology, impact and management of an introduced marsupial*. Lincoln, New Zealand: Manaaki Whenua Press.
- New Zealand Companion Animal Council Inc. (2016). *Companion Animals in New Zealand 2016*. Recuperado de: https://www.nzvna.org.nz/site/nzvna/files/Documents/Companion%20Animals_in_New_Zealand_2016_Report_web.pdf
- Partlow, J. (19 de Julio de 2021). “Biden proposes restoring 3.4 million acres of northern spotted owl habitat, reversing Trump rule”. *The Washington Post*. Recuperado de: <https://www.washingtonpost.com/climate-environment/2021/07/19/biden-northern-spotted-owl-trump/>
- Potts, A. (2009). “Kiwis Against Possums: A Critical Analysis of Anti-Possum Rhetoric in Aotearoa New Zealand”. *Society and Animals*, 17, 1-20. doi: <https://doi.org/10.1163/156853009X393738>
- Pyšek, P., Blackburn, T. M., García-Berthou, E., Perglová, I., y Rabitsch, W. (2017). “Displacement and local extinction of native and endemic species”. En M. Vilà & P. Hulme (Eds), *Impact of Biological Invasions on Ecosystem Services* (157-176). Gewerbestrasse, Switzerland: Springer.
- Quijano, A. (2000). *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO.

- Research and Publishing Group of the New Zealand Ministry for Culture and Heritage, Manatū Taonga. (9 de Junio de 2020). *Chinese gooseberry becomes kiwifruit*. Recuperado de: <https://nzhistory.govt.nz/the-chinese-gooseberry-becomes-the-kiwifruit>
- Ricardo, H., Wilson, D., y Wehi, P. (2020). “Kiore (*Rattus exulans*) distribution and relative abundance on a small highly modified island”. *New Zealand Journal of Zoology*, 47 (4), 350-359. doi: <https://doi.org/10.1080/03014223.2020.1785515>
- Roesler, I., Fasola, L., & Buchanan, P. (2018). “Sympathy for the grebes: Hooded Grebe conservation programme update (2011–2017)”. *Neotropical Birding*, 23, 14-23. Recuperado de: <http://www.avesargentinas.org.ar/sites/default/files/NB23-GTB1-Roesler.pdf>
- Roesler, K., Fasola, L., Cácares, R., & Martín, L. (2019). *Proyecto Macá Tobiano: Informe final 2018 - 2019*. Recuperado de: https://www.avesargentinas.org.ar/sites/default/files/informe_PMT_2019_0.pdf#overlay-context=noticia/proyecto-mac%25C3%25A1-tobiano-informe-final-2018-2019
- Rouco, C., de Torre-Cejas, R., Martín-Collado, D., y Byrom, A. (2017). “New Zealand Shouldn't Ignore Feral Cats”. *BioScience*, 67 (8), 686. doi: <https://doi.org/10.1093/biosci/bix068>
- Sandom, C., Faurby, S., Sandel, B., y Svenning, J.-C. (2014). “Global late Quaternary megafauna extinctions linked to humans, not climate change”. *Proceedings of the Royal Society B* 281: 20133254. doi: <https://doi.org/10.1098/rspb.2013.3254>
- Simberloff, D. (2019). “New Zealand as a leader in conservation practice and invasion management”. *Journal of the Royal Society of New Zealand*, 49 (3), 259-280. doi: <https://doi.org/10.1080/03036758.2019.1652193>
- Soulé, M. (1985). “What is conservation biology? A new synthetic discipline addresses the dynamics and problems of perturbed species, communities, and ecosystems”. *BioScience*, 35 (11), 727-734. doi: <https://doi.org/10.2307/1310054>
- Suárez-Jiménez, R., Hepburn, C., Hyndes, G., McLeod, R., y Taylor, R. &. (2017). “The invasive kelp *Undaria pinnatifida* hosts an epifaunal assemblage similar to native seaweeds with comparable morphologies”. *Marine Ecology Progress Series*, 582, 45-55. doi: <https://doi.org/10.3354/meps12321>
- Télam Digital. (30 de marzo de 2021). “Santa Cruz: proyectan que en 2023 se pondría en marcha la primera turbina de las represas”. *Télam Digital*. Recuperado de: <https://www.telam.com.ar/notas/202103/549165-energia-represas-santa-cruz.html>
- Trouwborst, A., McCormack, P., y Camacho, E. (2020). “Domestic cats and their impacts on biodiversity: A blind spot in the application of nature conservation law”. *People and Nature*, 2, 235–250. doi: <https://doi.org/10.1002/pan3.10073>
- U.S. Fish and Wildlife Service. (2011). *Revised Recovery Plan for the Northern Spotted*

- Owl (*Strix occidentalis caurina*). Recuperado de: <https://www.fws.gov/wafwo/pdf/NSO%20Revised%20Recovery%20Plan%202011.pdf>
- Wildlife Act 1953. (s.f.). Recuperado de: <https://www.legislation.govt.nz/act/public/1953/0031/latest/whole.html>
- Wright, S., Nugent, G., y Parata, H. (1995). "Customary Management of Indigenous Species: A Maori Perspective." *New Zealand Journal of Ecology*, 19 (1), 83-86. Recuperado de: <https://newzealandecology.org/nzje/1968.pdf>
- WWF. (2020). *Living Planet Report 2020 - Bending The Curve of Biodiversity Lost*. Recuperado de: <https://f.hubspotusercontent20.net/hubfs/4783129/LPR/PDFs/ENGLISH-FULL.pdf>
- Youatt, R. (2008). "Counting Species: Biopower and the Global Biodiversity Census". *Environmental Values*, 17 (3), 393-417. doi: <https://doi.org/10.3197/096327108X343149>

AGUSTINA DOMÍNGUEZ

Licenciada en Biología orientación Zoología (Universidad Nacional de La Plata). Como integrante de un grupo de estudio interdisciplinario con filósofas, presentó trabajos en congresos sobre antropocentrismo, especismo y feminismos. Es autora de una publicación sobre biología teórica referida a la ampliación de conceptos tales como herencia, adaptación y evolución. Ha trabajado y es voluntaria en distintos proyectos de conservación y rehabilitación de fauna silvestre. Actualmente reside en Aotearoa Nueva Zelanda.